

docilidad que las cosas materiales lo reciben de las leyes físicas. Son dos fuerzas que se unen; dos elementos que se necesitan, porque así lo ha determinado Dios mismo; dos cantidades conscientes que se suman en una misma totalidad de redención, uniéndose los dos corazones en un mismo sacrificio.

Acaso se diga que María al ser concebida no era todavía la Madre de Dios, ni la Corredentora; pero era la aurora, como dicen los Santos Padres y canta la Iglesia. En los planes divinos estaba determinado todo lo referente a sus títulos, a sus oficios, a su actuación, debiendo ser, por lo tanto, proporcionado el principio de su vida con el fin de la misma, ya que, como dicen luego, los extremos se tocan, dándose entre ellos mucho parecido. Deduzcamos, pues, de todo lo dicho, que María en el momento mismo de ser concebida tuvo con Dios la mayor unión posible a pura criatura.

Pero ¿se deduce de esto que en el instante de su concepción la Santísima Virgen tuviera conocimiento intuitivo de Dios mismo, de modo que lo viera y se inundara su alma de las inefables dulzuras y consolaciones de la visión beatífica?

Muchos teólogos así lo afirman. Otros sin negar, al contrario, defendiendo que esa consolación máxima que lleva consigo la visión intuitiva de Dios, le era en cierto modo debida en otros momentos de su vida porque máximos e incomparables fueron sus angustias y sufrimientos, y suele Dios entrelazar los goces y amargas, como entrelaza las rosas y las espinas, sostienen que no fué conveniente que María en el primer momento de su ser tuviese conocimiento beatífico e intuitivo de Dios. Y definen esta opinión, no los regateadores de los privilegios de María por temor de caer en la exageración, sino los mismos que son tenidos como atrevidos y precipitados en atribuirle gracias excepcionales.

La Venerable Agreda en su *Mística Ciudad de Dios*, tomo II página noventa, empieza por decir lo siguiente respecto de la ciencia de la Santísima Virgen en el instante mismo de ser concebida: «De suerte, que desde el primer instante en el vientre de su madre fué más sabia, más prudente, ilustrada y capaz de Dios y de todas sus obras, que todas las criaturas, fuera de su Hijo santísimo, han sido ni serán eternamente. Y esta perfección consistió no solo en los hábitos que le fueron infusos en tan alto grado, pero en los actos que les correspondían según su condición y excelencia, y según en aquel instante los pudo ejercer con el poder divino, que para esto ni tuvo límite, ni se sujetó a otra ley más de a su divino y justísimo beneplácito.»

Cuando, al juzgar por las palabras anteriores, parecía natural que afirmase la venerable que, si no con la perfección de Cristo, al menos como era conveniente a la que desde el principio debía unirse a Dios con tanta perfección que quedase confirmada en el bien y hecha impecable, fué concedida a la Santísima Virgen la visión y fruición de la Divinidad, sin embargo en la página noventa y cinco, se expresa de esta manera:

«No se me ha dado luz de que el alma santísima de María en el primer instante de su purísima concepción viese la gloria esencial; antes entiendo que este privilegio fué singular de la Santísima alma de Cristo, como debido y consiguiente a la unión substancial de la Divinidad en la persona del Verbo, para que ni por solo un instante dejase de estar con ella unida por las potencias del alma por suma gracia y gloria. Y como aquel hombre, Cristo